

Federico oía los pasos de Deslauriers detrás de él, como reproche, como golpes que le dieran sobre su conciencia. Pero no se atrevía á dirigir su reclamación por falsa vergüenza y temiendo que fuera inútil. El otro se acercaba y se decidió.

Arnoux, con tono bastante desembarazado, dijo que no habiendo reunido sus ingresos, no podía devolver actualmente las quince mil pesetas.

—Supongo que no las necesitará usted.

En este momento Deslauriers se acercó á Federico, y llamándole aparte, le dijo:

—Sé franco: ¿las tienes ó no?

—Pues bien, no;—contestó Federico;—las he perdido.

—¡Ah! ¿Y á qué?

—Al juego.

Deslauriers no respondió una palabra; saludó muy bajo y se marchó. Arnoux había aprovechado la ocasión para encender un cigarro en un despacho de tabaco. Reunióse preguntando quién era aquel joven.

—Nada, un amigo.

Después, tres minutos después, delante de la puerta de Rosanette, dijo Arnoux:

—Suba usted; se alegrará de verle. ¡Qué salvaje es usted ahora!

Iluminábale un reverbero de enfrente; y con

un cigarro entre sus blancos dientes y su aire feliz, tenía algo de intolerable.

—¡Ah! á propósito; mi notario ha ido esta mañana casa de usted para esa inscripción de hipoteca. Mi mujer es la que me lo ha recordado.

—¡Una mujer de cabeza!—dijo maquinalmente Federico.

—¡Ya lo creo!

Y Arnoux empezó los elogios. No tenía igual por su entendimiento, su corazón, la economía; y añadió bajando la voz y moviendo los ojos.

—¡Y como cuerpo de mujer!

—Adiós—dijo Federico.

Arnoux hizo un movimiento.

—Toma, ¿y por qué?

Y con la mano medio tendida hácia él, lo observó todo sorprendido por la cólera de su rostro.

Federico replicó secamente:

—Adiós.

Bajó por la calle de Breda como piedra que rueda, furioso contra Arnoux, jurándose no volver á verlo, ni á ella tampoco, lastimado, desolado. En vez de la ruptura que esperaba, el otro se ponía á quererlo, y completamente, desde la punta del pelo hasta el fondo del alma. La vulgaridad de aquel hombre exaspe-

raba á Federico. ¡Luego todo pertenecía á aquel! Se encontraba á la puerta de la loreta, y la mortificación de una ruptura se agregaba á la rabia de su impotencia. Además la probidad de Arnoux al ofrecerle garantías para su dinero, le humillaba; hubiera querido estrangularle; y por encima de todo la pena le hacía extenderse sobre su conciencia, como una niebla, el sentimiento de su cobardía hacia su amigo. Ahogábanle las lágrimas.

Deslauriers descendía por la calle de los Mártires, jurando alto de indignación; porque su proyecto, cual obelisco abatido, parecía ahora de una altura extraordinaria. Considerábase robado, como si hubiera sufrido un gran perjuicio. Su amistad para Federico quedaba muerta, y experimentaba con esto alegría; era una compensación. Le entraba el odio contra los ricos. Se sentía inclinado hacia las opiniones de Sénecal y se prometió servirlos.

Arnoux, durante este tiempo, cómodamente sentado en una butaca, cerca del fuego, sorbía una taza de té con la Mariscalá en las rodillas.

Federico no volvió por casa de ellos, y para distraerse de su pasión calamitosa, adoptando el primer asunto que se presentó, resolvió componer una *Historia del Renacimiento*. Amontonó mezclados sobre su mesa los hu-

manistas, los filósofos y los poetas; iba al Gabinete de las Estampas á ver los grabados de Marco Antonio; procuraba enteuder á Maquiavelo. Poco á poco le apaciguó la serenidad del trabajo. Penetrando en la personalidad de los demás, olvidó la suya, única manera de no sufrir por ella.

Un día que tomaba notas, tranquilamente, se abrió la puerta y el criado anunció á la señora de Arnoux.

Era ella, con efecto. ¿Sola? No; porque llevaba de la mano al pequeño Eugenio, seguido de su niñera con delantal blanco. Sentóse la señora, y después de haber tosido, dijo:

—Hace mucho tiempo que no ha venido usted por casa.

No excusándose Federico, añadió ella:

—Eso es muy delicado por parte de usted.

El contestó:

—¿Qué es lo delicado?

—Lo que ha hecho usted por Arnoux.—dijo ella.

Federico tuvo un gesto que significaba: «¡Bastante me importa; era por usted!»

Envió ella á su hijo al salón para que jugara con la niñera. Cambiaron dos ó tres palabras acerca de la salud, y la conversación se acabó.

Llevaba ella un traje de seda oscura, del color de un vino de España, con paletot de ter-

ciopelo negro, ribeteado de marta; aquella piel daba ganas de pasar las manos por encima, y sus largas bandas, bien alisadas, atraían los labios. Pero la emoción la turbaba, y volviendo los ojos del lado de la puerta, dijo:

—Hace algo de calor aquí.

Federico adivinó la prudente intención de su mirada.

Las dos hojas solo estaban entornadas.

—¡Ah! es verdad.

Y sonrió como para decir: «No temo nada.»

Preguntóla él lo que allí la llevaba.

—Mi marido—repuso ella con algún esfuerzo— me ha animado á venir á su casa de usted, no atreviéndose él á hacerlo.

—¿Y por qué?

—Conoce usted al Sr. Dambreuse, ¿no es verdad?

—Si, un poco.

Y se calló.

—No importa, acabe usted.

Entonces contó ella que la antevíspera no había podido satisfacer Arnoux cuatro pagarés de mil pesetas, suscritos á la orden del banquero, y en los cuales le obligó á poner su firma. Ella se arrepentía de haber comprometido la fortuna de sus hijos; pero todo era preferible á la deshonra; y si el Sr. Dambreuse suspendía los procedimientos, le pagarían se-

guramente muy pronto, porque ella iba á Chartres á vender una casita que tenía.

—¡Pobre mujer!—murmuró Federico.—Iré, cuente usted conmigo.

—Gracias.

Y se levantó para marcharse.

—¿Qué prisa tiene usted todavía?

Permaneció ella de pié, examinando el trofeo de flechas mongólicas colgado del techo, la biblioteca, las encuadernaciones, los utensilios todos de escribir; levantó la cubeta de bronce en que estaban metidas las plumas; posáronse sus tacones en diferentes sitios de la alfombra.

Había venido muchas veces casa de Federico, pero siempre con Arnoux. Hallábanse solos ahora, solos en su propia casa; acontecimiento extraordinario; casi una dicha.

Quiso ella ver su jardincito; ofrecióle él su brazo para enseñarle sus dominios, treinta piés de terreno, encerrado entre casas, con arbustos en los ángulos y un macizo de flores en el centro.

Era en los primeros días de Abril; las hojas de las lilas ya verdeaban, un puro ambiente se dejaba sentir, y los pajarillos piaban, alternando su canto con el lejano ruido que producía la fragua de un maestro de coches.

Federico fué á buscar una badila, y mientras

que paseaban ellos juntos, el niño formaba montones de arena en las veredas.

La señora de Arnoux no creía que tuviera nunca gran imaginación, pero era cariñoso. Su hermana, por el contrario, era de una sagacidad natural que á veces la mortificaba.

—Ya cambiará,—dijo Federico.—No hay que desesperar nunca.

Ella repitió: «No hay que desesperar nunca.» Repetición maquinal de su frase, que le pareció á él una especie de estímulo. Cogió una rosa, la única del jardín, y le dijo:

—¿Se acuerda usted... de cierto ramo de rosas, una tarde, en coche?

Se ruborizó ella un poco, y con aire de compasión irónica, contestó:

—¡Ah, era yo muy joven!

—Y á esta—repuso [en voz baja Federico,—¿le sucederá lo mismo?

Respondió ella, dando vueltas al tallo entre sus dedos, como el hilo de un huso:

—No; la guardaré.

Con un gesto llamó á la niñera, que cogió en sus brazos al niño; después, en el dintel de la puerta de la calle, la señora de Arnoux aspiró el perfume de la flor, inclinando su cabeza sobre la espalda, y con una mirada tan dulce como un beso.

Cuando subió él á su gabinete, contempló

la butaca en que estuvo sentada, y todos los objetos que había tocado. Algo de ella sentía á su alrededor. La caricia de su presencia duraba todavía.

—¡Es, pues, cierto que ha estado aquí!—se decía.

Y se sumergía en las ondas de una infinita ternura.

Al día siguiente se presentó á las once en casa del Sr. Dambreuse. Le recibieron en el comedor, donde el banquero almorzaba vis á vis de su mujer.

Su sobrina estaba cerca de ella, y al otro lado la institutriz, una inglesa, muy picada de viruela.

El Sr. Dambreuse invitó á su joven amigo para que les acompañara, y habiendo rehusado, añadió:

—¿En qué puedo servir á usted? Ya escucho.

Federico contestó, afectando indiferencia, que iba á interesarse por un tal Arnoux.

—¡Ah! ¡ah! el antiguo comerciante de cuadros—dijo el banquero, con muda risa que descubría sus encías.—Oudry le garantizaba en otro tiempo; han reñido.

Y se puso á recorrer las cartas y los periódicos esparcidos cerca de su cubierto.

Dos criados servían, sin hacer ruido, sobre el piso de madera; y la altura de la sala, que

enía tres portiers de tapicería y dos fuentes de mármol blanco, lo pulimentado de las estufas, la colocación de los entremeses, y hasta los tiosos dobleces de las servilletas, todo aquel lujoso bienestar establecía en el pensamiento de Federico cierto contraste con otro almuerzo en casa de Arnoux. No se atrevía á interrumpir al Sr. Dambreuse, y notando la señora su embarazo, dijo:

—¿Ve usted alguna vez á nuestro amigo Martinon?

—Esta noche vendrá,—interrumpió vivamente la señorita.

—¡Ah! ¿lo sabes tú?—replicó su tía, fijando en ella una fría mirada.

En esto, uno de los criados le dijo algo al oído, y ella añadió:

—¡Tu costurera, hija mía!... miss John!

Y la institutriz, obediente, desapareció con su discípula.

Interrumpido el Sr. Dambreuse por el ruido de las sillas, preguntó lo que ocurría.

—Es la señora Regimbart.

—¡Calla! ¡Regimbart! Yo conozco ese nombre; he visto su firma.

Federico abordó por fin la cuestión; Arnoux merecía interés; hasta pensaba, para el único objeto de cumplir sus compromisos, vender una casa de su mujer.

—Pasa por ser muy linda—dijo la señora de Dambreuse.

El banquero añadió con aire bonachón.

—¿Es usted su amigo... íntimo?

Federico, sin contestar claramente, repuso que le quedaría muy obligado si tomara en consideración...

—Bien, puesto que usted toma empeño, sea; esperemos. Tengo aún tiempo ¿quiere usted que bajemos á mi despacho?

El almuerzo había terminado; la señora de Dambreuse se inclinó ligeramente, sonriendo con particular sonrisa, llena á la vez de cortesía y de ironía. Federico no tuvo tiempo de pensar en ello, porque desde el momento en que estuvieron solos, el Sr. Dambreuse le dijo:

—No ha venido usted á buscar sus acciones.

Y sin permitirle excusarse, añadió:

—Bien, bien, es muy justo que conozca usted un poco mejor el negocio.

Ofrecióle un cigarrillo y empezó:

La *Unión general de las Ullas francesas* estaba constituida; no se esperaba más que el reglamento. Solo el hecho de la fusión, disminuía los gastos de vigilancia y de mano de obra, aumentando los beneficios. Además, la sociedad imaginaba una cosa nueva, que era interesar á los obreros en su empresa. Les construiría casas, alojamientos sanos, constituyéndose, en

una palabra, en el proveedor de sus empleados, dándosele todo á precio de fábrica.

Y ganarán, caballero; ese es el verdadero progreso; así se responde activamente á ciertas declamaciones republicanas. Tenemos en nuestro Consejo—y exhibió un prospecto,—un par de Francia, un sabio del Instituto, un oficial superior de ingenieros, retirado, nombres conocidos. Elementos semejantes tranquilizan los capitales temerosos y llaman los capitales inteligentes. La compañía tendrá á su favor los pedidos del Estado, después los ferrocarriles, la marina de vapor, los establecimientos metalúrgicos, el gas, las modestas cocinas. De esta suerte calentamos, iluminamos, penetramos hasta el hogar de las casas más humildes. ¿Pero cómo—me dirá usted—podemos asegurar la venta? Merced á muchos protectores, querido señor, y los obtendremos; eso es cosa nuestra. Yo, por mi parte, soy francamente prohibicionista. ¡El país antes que todo! Le habían nombrado director; pero le faltaba el tiempo para ocuparse de ciertos detalles, de la redacción, entre otros. Ando algo reñido con los autores, he olvidado el griego. Tendré necesidad de alguno... que pueda traducir mis ideas. Y añadió de repente: ¿Quiere usted ser ese hombre con el título de secretario general?

Federico no supo qué contestar.

—Y bien, ¿quién se lo impide á usted?

Sus funciones se limitarían á escribir, todos los años, una Memoria para los accionistas. Se hallaría en relaciones diarias con los hombres más importantes de París. Representante de la Compañía cerca de los obreros, lo adorarían, naturalmente, cosa que más tarde le permitiría entrar en el Consejo general, en la Diputación.

Los oídos de Federico zumbaban. ¿De dónde provenía aquella benevolencia? Y se confundía en agradecimiento.

Pero no era necesario, decía el banquero, que fuera dependiente de nadie. El mejor medio para esto, era tomar acciones, «soberbia colocación, además, porque su capital de usted garantiza su posición, como la posición el capital.»

—¿A cuánto próximamente debe ascender?—preguntó Federico.

—Dios mío, lo que usted quiera; de cuarenta á sesenta mil pesetas, por ejemplo.

Aquella suma era tan mínima para el señor Dambreuse, y su autoridad tan grande, que el joven se decidió inmediatamente á vender una finca. Aceptó. El señor Dambreuse fijaría un día cualquiera para verse y terminar sus convenios.

—¿Así que puedo decir á Jacobo Arnoux...?

—Cuanto usted quiera, ¡pobre muchacho! Cuanto usted quiera.

Federico escribió á los Arnoux que se tranquilizaran, y envió la carta con su criado, al cual respondieron:

—Muy bien.

Su gestión, sin embargo, merecía más. Esperaba una visita, por lo menos una carta. Ni recibió visita ni leyó carta alguna.

¿Había olvidado de parte de ellos ó intención? Puesto que la señora de Arnoux había venido una vez ¿quién la impedía volver? La especie de inteligencia, de confesión que le había hecho ella, ¿no era más que una maniobra ejecutada por interés? ¿Se habrán burlado de mí? ¿Es ella cómplice? Un cierto pudor, á pesar de su deseo, le impidió ir á casa de ellos.

Una mañana (tres semanas después de su entrevista) le escribió el Sr. Dambreuse que lo esperaba aquel mismo día, á la una.

Ya en camino, la idea de los Arnoux, le asaltó nuevamente, y no encontrando razón á su conducta, le sobrecogió una angustia, un presentimiento fúnebre. Para librarse de él llamó un coche y se hizo llevar á la calle del Paraíso. Arnoux estaba de viaje.

—¿Y la señora?

—En el campo, en la fábrica.

—¿Cuándo vuelve el señor?

—Mañana sin falta.

La encontraría sola; aquel era el momento

Algo imperioso le gritaba en su conciencia: «Vé allí, pues.»

Pero, ¿y el Sr. Dambreuse? Pues bien, tanto peor; diré que he estado enfermo. Corrió á la estación; después al wagón. ¡Quizás haga mal! ¡Ah, ah, qué importa!

Extendiéndose á izquierda y derecha verdes llanuras, rodeaba el tren; las casetas de las estaciones se deslizaban como decoraciones, y el humo de la locomotora vertía siempre del mismo lado sus gruesos copos que revoloteaban por la yerba algún tiempo, dispersándose después.

Federico, solo en su asiento, miraba aquello, por aburrimiento, perdido en esa languidez que produce el exceso mismo de la impaciencia. Pero grúas y almacenes se divisaron. Estaba en Creil.

La ciudad, construída en la vertiente de dos colinas bajas (de las cuales una está pelada y la segunda coronada de bosque), con la torre de su iglesia, sus casas desiguales y su puente de piedra, le parecía que presentaba algo de alegre, de discreto y de bueno. Un gran barco chato descendía por la corriente, que se encrespaba golpeada por el viento, unas cuantas gallinas, al pié de la eminencia, picoteaban en la paja; una mujer pasó, llevando sobre su cabeza ropa blanca mojada.

Después del puente, encontróse en una isla, en donde se ven, hacia la derecha, las ruinas de una abadía. Un molino giraba, cortando en toda su anchura, el segundo brazo del Oise, que domina la manufactura. La importancia de aquella construcción admiró mucho á Federico, concibiendo mayor respeto hacia Arnoux. Tres pasos más allá tomó por una callejuela que cerraba en el fondo una verja.

Entró. La conserje le llamó gritándole:

—¿Tiene usted su permiso?

—¿Para qué?

—Para visitar el establecimiento.

Federico en tono brutal dijo que venía á ver al Sr. Arnoux.

—¿Quién ese Sr. Arnoux?

—Pues el jefe, el dueño, el propietario en fin.

—No, señor; esta es la fábrica de los señores Leboeuf y Milliet.

Ea buena mujer bromeaba sin duda. Llegaban algunos obreros; preguntó á dos ó tres; su respuesta fué la misma.

Federico salió del patio, vacilante como hombre ébrio; y llevaba un aire tan descorazonado, que en el puente de la Carnicería, un vecino que se disponía á fumar su pipa le preguntó si buscaba algo. Aquel conocía la manufactura de Arnoux. Estaba situada en Montataire.

Federico trató de proporcionarse un coche;

no los había más que en la estación. Volvió á ella donde estaba de parada delante del despacho de equipajes, solitariamente, una calesa, dislocada, con un caballo viejo enganchado, cuyos arreos descosidos colgaban sobre las varas.

Un pilluelo se ofreció á descubrir al «tío Pi-lón.» Al cabo de diez minutos volvió; el tío Pi-lón estaba almorzando. Federico prescindió de él y se marchó. Pero la barrera del paso se hallaba cerrada. Era preciso esperar que atravesaran dos trenes. Por fin se metió por el campo.

La monótona verdura hacía que pareciera un inmenso paño de billar. A las dos orillas del camino veíanse alineadas escorias de hierro, como montones de guijarros. Algo más lejos, humeaban unas junto á las otras, chimeneas de fábrica. Frente á él se alzaba, sobre una colina redonda, un castillo pequeño con sus torrecillas, el campanario cuadrangular de una iglesia, los muros por bajo, formando con los árboles líneas irregulares, y en lo último las casas del pueblo que se desparramaban.

Son de un solo piso, con escaleras de tres solos escalones, hechas de bloque sin cimiento. A intervalos se oía la campanilla de algún tendero. Pesados pasos se hundían en el negro fango, y una lluvia menuda caía cortando en mil líneas cruzadas el pálido cielo.

Federico siguió por el centro; después encontró á su izquierda, á la entrada de un camino, un gran arco de madera que tenía escrito en letras doradas: PORCELANAS.

No fué sin objeto el haber escogido Jacobo Arnoux la proximidad de Creil, porque colocando su manufactura lo más cerca posible de la otra (acreditada hacía mucho tiempo) provocaba en el público una confusión favorable á sus intereses.

El cuerpo principal del edificio se apoyaba en la orilla misma de un río que atraviesa la pradera. La casa del dueño, rodeada por un jardín, se distinguía por su escalera adornada de cuatro tiestos plantados de cactus. Masas de tierra blanca se secaban debajo de algunos cobertizos; otras al aire libre; y en el centro del patio hallábase Sénecal, con su eterno paletó azul forrado de encarnado.

El antiguo pasante alargó su mano fría.

—¿Viene usted por el principal? No está.

Federico, desconcertado, contestó secamente:

—Ya lo sabía.

Pero dominándose inmediatamente, añadió:

—Vengo por un asunto que concierne á la señora de Arnoux. ¿Puede recibirme?

—¡Ah! No la he visto hace tres días—dijo Sénecal.

Y enjaretó una letanía de quejas. Al aceptar las condiciones del fabricante, entendió que viviría en París, y no meterse en aquel campo, lejos de sus amigos, privado de periódicos. No importa, había pasado por esto. Pero Arnoux parecía no fijarse en su mérito. Verdad que era limitado y retrógrado; ignorante como nadie. En vez de buscar perfeccionamientos artísticos, hubiera sido mejor introducir calentadores de ulla y de gas. El ciudadano *se hundía*; Sénecal subrayó la palabra. Que sus ocupaciones le desagradaban; y se empeñó con Federico para que hablara en su favor y le aumentaran sus emolumentos.

—Esté usted tranquilo—dijo el otro.

No encontró á nadie en la escalera. En el primer piso adelantó la cabeza en una habitación vacía; era el salón; llamó muy alto. No le respondieron; sin duda la cocinera había salido y la niñera también. Por fin llegó al piso segundo y empujó una puerta. La señora de Arnoux estaba sola y delante de un armario de espejo. El cinturón de su bata entreabierto colgaba á lo largo de sus caderas. Todo un lado de sus cabellos le formaba una onda negra sobre el hombro derecho; y tenía los dos brazos levantados, sujetando con una mano su moño, mientras que con la otra introducía en él una horquilla. Dió un grito y desapareció.